Avance de:

Varas de Sauce

"El último proscrito"

Parte 1: El hogar.

Nicolás Aparicio Fernández

1.La cuerda

Ronna se escapa para pasar la tarde en el arroyo y combatir el calor. Descubren que no están solos

Ronna apartó de un manotazo a la insistente mosca y, con cuidado, cerró la puerta para no despertar a sus madres; solo faltaba que la pillaran estando castigada. Hacía muchísimo calor y las chicharras zumbaban incansables entre los árboles. Atravesó el huerto, pasó junto al cercado de las gallinas, donde estas cloqueaban y revoloteaban y desde allí llegó al sendero que la llevaría a la represa del arroyo. Confiaba que sus amigos y su hermano estuvieran allí, jugando en el agua. Necesitaba refrescarse con urgencia.

Cuando llegó, su hermano Dan, de piel y cabellos oscuros, estaba encaramado a la horquilla que formaban las ramas de un árbol de la orilla. Entre sus manos tenía una cuerda que colgaba desde las alturas. Luca y su hermano, Set, observaban expectantes. Dan se dio impulso con un salto y un grito, atravesó la charca por completo y solo soltó la cuerda cuando se encontraba en el medio. La zambullida los empapó a todos.

Ronna, Luca y Dan tenían la misma edad. Los tres habían nacido el mismo día y bajo el mismo techo, el mismo otoño de hacía diez años. Set, a cambio, solo tenía ocho años y aullaba "¡Ahora yo! ¡Ahora yo!" porque quería ser el siguiente en lanzarse

—¡Ah, no no no! —decía Luca—. Me toca a mí, que soy la mayor.

Luca se parecía mucho a su madre, con el pelo castaño y liso y los ojos verdes. Subió ágilmente hasta la horquilla y, sin vacilar, saltó al vacío. Su vuelo no fue tan espectacular como el de Dan pero el salpicón fue aún mayor, así como las risas que lo sucedieron.

—¡Hola Ronna! —dijo saliendo del agua—. ¿No estabas castigada?

—Me escapé —dijo sencillamente. No le apetecía hablar de ello.

——¿Y qué hiciste esta vez?

Ronna suspiró. Luca no cesaría hasta saberlo.

—Pregunté qué es una *recovera* y se pusieron furiosas.

—¿Y por qué no se lo preguntaste al Maestro Naaven?

—Lo hice, me dijo que era una mujer que recogía huevos, pero creo que se lo estaba inventando.

—¿Entonces a qué viene el castigo?

Ronna volvió a suspirar. Le cabreaba porque no lo entendía, de lo contrario, no se hubiera escapado.

—Verás, hace unos días pasó por el valle un grupo de gente que no conocíamos de nada, señalaron nuestra casa y dijeron: "Allí viven las recoveras", así que le pregunté a Naaven qué significaba. Como mis mamás tienen gallinas les pregunté si era por eso que las llaman *recoveras*.

—¿Solo por eso?

—Si, ni siquiera me lo han querido explicar, no lo entiendo. Me han mandado al altillo y me han prohibido salir. —Se quedó pensativa jugueteando con un mechón de su cabello negro y rizado, recordando el ambiente asfixiante del altillo donde tenían, ella y su hermano, las camas—. Pero allí hacía demasiado

calor. Siempre se quedan dormidas después de comer, así que me he escapado sin que se dieran cuenta.

—¿Te bañas? ¡He aprendido un truco nuevo! —dijo Luca levantándose del tronco donde se había sentado.

—Vale, ahora voy —dijo quitándose con cuidado la ropa. Hasta el año pasado ninguno había tenido problemas en bañarse desnudos, pero ahora se sentían más cómodos en ropa interior. Menos el pequeño Set, que aún no tenía vergüenza.

Éste se encaramó torpemente a la horquilla del árbol y además necesitó ayuda para alcanzar la cuerda. Parecía bastante menos confiado que a nivel del suelo, pero aún así logró reunir el valor necesario para lanzarse.

No llegó muy lejos. La cuerda escapó de entre sus dedos y cayó en plancha sobre el agua. Salió de ésta llorando y con el pecho enrojecido y hubo que consolarlo. Luego su hermana le prohibió volver a lanzarse y hubo que volver a consolarlo. Al final, para que dejara de llorar, le prometieron que ninguno de los mayores se tiraría de nuevo, para que no sintiera envidia.

Y entonces se dieron cuenta de que no estaban solos. Un muchacho andrajoso los miraba, escondido entre los arbustos. Era quizá un poco más pequeño que Dan, Luca y Ronna, pero sin duda mayor que Set. Sus ojos eran tímidos y risueños, como los de un cachorrito.

2.Un nombre

Luca y los demás buscan un nombre del agrado de su nuevo amigo

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ronna temerosa. El muchacho no contestó, a cambio dio un paso atrás, preparándose para salir huyendo, como un animal salvaje, o eso le pareció.

—¡No tengas miedo! —añadió Luca y señaló el agua—. ¿Vienes a bañarte? —El muchacho avanzó unos pasos pero se detuvo indeciso. Poco a poco extendió un brazo y con una uña negra y sucia, señaló a la horquilla del árbol—. ¿Quieres jugar? ¿Quieres lanzarte con la cuerda? —comprendió, contenta de entenderse con el extraño muchacho.

El niño pareció recordar algo y asintió moviendo la cabeza de una forma tan exagerada que Set estalló

en carcajadas. No forma de averiguar qué le haría gracia a su hermano. Al parecer también había olvidado la promesa de que nadie más saltaría con la cuerda.

El muchacho trepó, agarró la soga con ambas manos y saltó, dio una voltereta en el aire y cayó sin apenas salpicar, zambulléndose en las aguas. Algo decepcionada, Luca lo buscó con la mirada hasta que oyó algo saliendo del agua cerca de la presa. Había buceado por todo el fondo, unos veinte o treinta codos. Sus ropas y cabellos estaban empapados y trató de sacudirse como un perro, con el único resultado de hacer reír de nuevo a Set.

—¿Cómo te llamas? —Insistió Luca—. No has respondido cuando te han preguntado —reprochó.

El muchacho se encogió de hombros como única respuesta.

—¿No tienes nombre? —preguntó Set—. ¿Entonces cómo te llaman tus padres?

El niño repitió el gesto.

—¿Y si no tiene padres, renacuajo? —dijo Luca —. Es huérfano. ¿No ves como va de sucio?

—¿Y qué hacemos? ¿Le ponemos nombre nosotras? —inquirió Ronna.

—¡Es una idea estupenda!—dijo Luca pensando qué nombre habría elegido ella de haber podido—. pero a él le tiene que gustar —añadió.

El muchacho, de algún modo, parecía dispuesto a colaborar; así que todos empezaron a decir nombres. Puede que quizá no muy buenos, pero nombres que conocían, al fin y al cabo.

—¡Humbert! —dijo Set entre risitas, pues era un hombre que decía muchas palabrotas. Luca se contuvo de darle una colleja.

—Plunio —dijo esta, acordándose del viejo que fabricaba silbatos con forma de pájaro como el que había roto unos días atrás.

—Harad —dijo Dan pensando en los cuentos de su madre, Olenna.

—¿Aghnobar? —dijo Ronna pensando en un nombre que había mencionado el profesor Naaven y que le había gustado como sonaba.

—¡Mika! —sugirió Set, acordándose de un amigo que ya no vivía allí.

—Greg —mencionó Luca, el nombre de su padre.

—Roble —murmuró Dan distraído, mirando los árboles.

—¡Amarillo! —aportó Set, como su color favorito.

—Izkail —dijo Ronna sin pensar.

—¡Ala! ¡Que nombre más feo! —se burló Dan, cansado del juego—. Solo lo has dicho porque así se llama ese Lobo que te gusta.

—¿Chicos...? —Intentó intervenir Luca. ¿Nadie más lo había visto?

—¡No me gusta! —se defendió Ronna, irritada —. Es muy viejo... y muy feo... Solo estás enfadado porque a ti no te trae caramelos de Jarabe de Siccoro.

—¿Y por qué razón te los trae solo a ti, eh?

—¡Chsss! ¡Callaos! —gritó Luca. Esos dos volvían a enzarzarse en una de sus estúpidas disputas —. ¡Algo que habéis dicho le ha gustado!

—¿El qué? —dijo Ronna aventurando—. ¿Caramelo? ¿Jarabe? ¿Siccoro?... ¿Lobo?

Luca lo volvió a ver: una especie de brillo en sus ojos. El muchacho afirmaba con ese gesto tan exagerado y Set se tiró al suelo para enfatizar. Luca dijo, como disculpándolo:

—¡Es que es un niño muy dramático!

Eso los llevó otros cinco minutos de lágrimas y risas histéricas a las que, por imitación, se les unió el muchacho a quien, obviamente, habían llamado Lobo por unanimidad y sin necesidad de levantar manos.

Sin embargo, de pronto se puso en pie y salió huyendo bosque a través. Luca comprendió a qué se debía. Sus padres y las madres de Ronna y Dan bajaban por el camino. El sol ya se había puesto tras las montañas. La tarde se les había pasado volando y era la hora de la cena.

—¡Oh no! —gimió Ronna—. Se supone que estoy castigada.

3.Visitantes

Unos extraños ocupan su charca y conocen al padre de Lobo.

Al día siguiente el chico no volvió a aparecer. Dan se preguntaba si volvería a hacerlo. Pasaban la tarde en la charca, atentos por si se acercaba, así que apenas se bañaron. Era una bochornosa tarde de la luna de fresno y el frescor de la luna de Roble no tardaría en hacerse notar. Ronna contaba por qué al final no la castigaron.

—Dijeron que tenían que haberme explicado desde un principio que "*Recovera"* es lo que llama alguna gente a las chicas a las que les gustan otras chicas; pero que lo dicen para hacer daño y que por eso yo no debo repetirlo.

—¡Claro!, ¿que ibas a saber tú? —dijo Luca indignada.

—Eso acabaron admitiendo ellas...

—¡Calla, que he oído algo! —chilló Set.

—¿Es Lobo? —dijo Dan irguiéndose. Quería saber de dónde venía ese extraño muchacho.

—¡Cállate tú también! —chistó Ronna.

Unos adolescentes nervudos y granujientos bajaban por el camino, empujándose y riendo. Venían equipados como para una marcha y eran cinco en total. A Dan no le gustaba en absoluto su aspecto.

—Creo que vienen del otro lado de la montaña, de la Aldea de los Liberados —le susurró su hermana.

—Antes se llamaban proscritos —dijo la puntillista Luca.

—Nunca se han llamado proscritos —corrigió Dan, un poco molesto—, así les llamaban antes de hacer las paces. Mamá aún tiene que volver de vez en cuando para arreglar las cosas.

—¡Eh, chavalines! ¿Está buena el agua? —dijo el que parecía el líder, un muchacho grueso y pelirrojo. Sus ojillos los miraban de forma peligrosa.

—No baja tan fría como antes —dijo Ronna inquieta.

—¡Anda, que tenemos aquí! —respondió otro de los muchachos, de pelo rubio casi blanco, mirándola de un modo que a Dan no le gustó nada—. Lástima que no tengas un par de veranos más. ¡Ahora fuera!

—¡Nosotros estábamos antes! —estalló Dan, furioso.

—Y nosotros estamos ahora —dijo burlón el pelirrojo.

—Nos vamos a bañar, os guste o no —dijo su compañero, el que había hablado antes, en tono amenazante—. Aviso, no usamos bañador. ¿Verdad chicos?

—¡No! —respondieron al unísono los demás.

Dan había sugerido ir al otro lugar que tenían para reunirse, las inmediaciones de un viejo túmulo que tenía la piedra vertical de su cúspide caída. A pesar de que la puerta estaba derribada no se habían atrevido aún a entrar en el, pues se decía que lo protegían antiguos hechizos. Una vez Set lo retó a entrar y, sencillamente, no pudo hacerlo. Set se tiró media luna de serbal riéndose de él por aquello.

Ronna aún caminaba nerviosa de un lado a otro. El paseo había calmado un poco su ira pero no su

vergüenza. Eso que le había dicho el rubio era muy feo. A Dan le daba la sensación de que tenía que haber hecho algo.

—¡Lo peor es que te den a elegir y que en realidad no sea una elección! —gimoteaba Ronna—. ¿Cómo no íbamos a irnos? Uno incluso ha empezado a... con su... ¡Puaj! Se han cargado la tarde.

—No vendrán hacia aquí, ¿verdad? —dijo Luca, también aterrorizada.

—No lo sé —dijo Dan, quien apenas le prestaba atención—, pero alguien se acerca.

—¿Son ellos? — Ronna pegó un brinco.

—No, solo es uno —comenzó diciendo—... Y vienen en la otra dirección. ¡No, dos, son dos! Un adulto y un niño, creo... —Las figuras salieron definitivamente de la espesura—. ¡Lobo!

—¡Es Lobo! —exclamó Set—. ¡Viene con su padre!

Adulto y niño se acercaron y a Dan le pareció que el adulto no lo era desde hacía demasiado. Se dirigió hacia Luca y Set y habló con una voz extraña, como si no estuviera muy seguro de cómo tienen que sonar las letras, recordaba a como hablaba Alastor, el sordo.

—Nela y Greg. ¿Conocéis?

—¡Claro! Son nuestros padres —dijo Luca. Lobo miraba al adulto con gesto suplicante.

—¿Donde...?

—No está lejos, podemos llevaros —dijo Dan, contento de que, por una vez, unos extraños aparecidos de improviso no preguntaran por su madre.

—... ¿Vamos?

Por supuesto, todo el grupo los acompañó; tanto por instinto de protección como por curiosidad. Dan sospechaba que los demás también habían atado cabos de las historias oídas en casa y creyó saber quién era aquel extraño. Bajaron hasta el arroyo y siguieron el sendero, aguas arriba, hasta el enorme aliso inclinado hacia la corriente y sujeto con puntales sobre cuyo tronco reposaba la casa de barro de Luca y Set. Si el tronco fuera un brazo, la casa sería una pelota en la mano, con las ramas haciendo de dedos. Al lado se levantaban un cobertizo y una letrina y, tras ellas, un pequeño huerto. No hubo necesidad de llamar. Greg, el padre de Luca y Set salió de detrás del cobertizo a recibir con un abrazo a Dirk; pues así se llamaba el extraño.

—Fuimos Lobos juntos una pequeña temporada —explicó— y luego... Se ocupó de que todo siguiera funcionando. No sabía que tenía un hijo, pero claro... ¡Hace ya más de diez años!

Dirk se retorcía las manos.

—Hablar podemos... No quiero que otros oigan.

—¡Claro!, pasaremos adentro, tu hijo puede quedarse con los muchachos. ¿Como se llama?

—¡Lobo, se llama Lobo! —gritó Set, como siempre.

—Vaya, veo que ya os conocéis. Es un buen nombre —dijo dirigiéndose al padre del muchacho. Éste se encogió de hombros.

—¿En serio que puede quedarse Lobo jugando con nosotros? —le preguntó Luca. Tras unos instantes, Dirk asintió. Greg tomó la palabra.

—Podéis llevarlo a la represa y refrescaros un rato.

—No podemos, han venido unos chavales del poblado de los Liberados y nos han quitado el sitio —se lamentó Ronna. Greg se mostró pensativo antes de añadir:

—Si, será mejor que no los molestéis. ¡Ya se! ¡Podéis enseñarle la cabaña que Set ha estado construyendo! Seguro que le gusta.

Dirk y Greg pasaron al interior de la casa y cerraron la puerta. Set agarró la manga de Lobo:

—¡Ven! Verás la cabaña —decía histérico—. Llevamos Dan y yo todo el verano *sudandola*. ¡Es genial!

No parecía haber nada mejor que hacer, así que los acompañaron. La cabaña estaba ladera arriba, construida con palos y barro en el hueco entre dos grandes rocas. Lo primero que hizo Set fue enseñarle el compartimento secreto; compartimento que, a estas alturas, de secreto tenía poco, ya que era lo primero que le enseñaba a todo el mundo. Allí guardaba algunas conchas de colores, piedras con agujeros y formas raras y algunas plumas vistosas. Set comentaba a Lobo las optimistas reformas que pensaba hacer, la cuales incluían una piscina, una terraza y un pasadizo secreto. Fue entonces cuando Luca los chistó. Era de agradecer que siempre hubiera alguien alerta.

—Son los Liberados —dijo Dan observando el lugar donde Luca señalaba. No le apetecía que descubrieran la cabaña pero sí averiguar qué tramaban —. Parece que se han cansado del baño... ¡Será mejor que nos escondamos, vienen hacia aquí!

Pronto vieron que la "cabaña" era demasiado pequeña para los cinco, pero si que estaba, al menos, bien oculta. Los adolescentes subían por la ladera en

dirección al Tejo Coronado. El pelirrojo conducía la expedición sin vacilar. ¿A dónde irían?

—¿Y si los seguimos? —aventuró Dan.

—No me apetece que nos descubran —dijo su hermana ya escarmentada.

—Tonterías —respondió—. No iremos detrás de ellos, seguiremos sus huellas. Quiero saber qué hacen esos en nuestro territorio.

—¿Y cuando has aprendido tú a seguir rastros? —dijo su hermana burlona.

—¡Lobo sabe! —dijo Set. Lobo bajó la cabeza —. ¡Me lo acaba de decir!

—¿Entonces sabe hablar? —dijo Luca.

—¡Claro que sabe hablar! —dijo Set enfadado. El muchacho no abría la boca—. ¡Venga, enséñales lo que sabes hacer!

Lobo saltó, entre las rocas, hacia el lugar por donde habían pasado. Todos le siguieron, a pesar de sus reticencias. Enseguida señaló algunas ramas dobladas y lugares donde la hojarasca había sido levantada o removida. En ocasiones olfateaba el aire. No vacilaba y seguía el rastro sin titubeos, tan rápido que llegaron a temer que alcanzarían a los expedicionarios; era como si viese exactamente por donde habían pasado. De vez en cuando señalaba una hoja doblada, o una huella casi invisible entre la maleza, que había pasado desapercibida para cualquiera de los demás niños.

El rastro llegó hasta el tejo coronado: un inmenso árbol retorcido y hueco con cinco grandes troncos que se elevaban entre las hojas, desnudos y blanqueados por el sol. Cerca de su base, Lobo encontró algo más que huellas. Dan lo tomó y lo

sopesó. Era una esfera casi perfecta, pulida, de piedra o cristal de color negro.

—¡Para añadirlo al tesoro! —dijo Set arrancándoselo de las manos. Éste suspiró. Ya le echaría vistazo más detenidamente luego, en cuanto se aburriera de él. Con un poco de suerte eso ocurriría antes de la cena.

Lobo perdió el rastro a los pies de los farallones rocosos que coronaban la montaña del mismo modo que los dientes coronan las encías. Allí apenas había vegetación y no se veía ni rastro de los jóvenes. En ese suelo, de piedra desnuda, no era fácil encontrar algún rastro.

Estaban pensando en volver cuando Dan vio algo y los chistó. Señaló con el dedo a las alturas; los chavales deambulaban por la cima de los farallones.

4.El nuevo miembro

Lobo resulta ser un muchacho peculiar que hace buenas migas con Set

—¡Ah, hola, chicos! —dijo Greg al verlos llegar. Llevaba el silbato con forma de halcón en la mano—. ¿Donde habéis ido? Estaba a punto de llamaros.

—Estábamos en la cabaña de Set —dijo su hermana atropelladamente. Greg entrecerró los ojos.

—¿No habréis estado espiando a esos chavales mientras se bañaban?

—¡No! —dijo indignada. Su padre se calmó y cambió de tema.

—En fin, pasad por aquí. Todos.

—¿Todos? —se extrañó Dan.

—Si, hemos avisado a vuestras madres también; esto nos implica a todos. Venid, estamos en el patio.

El patio era como llamaban sus padres al pequeño espacio que quedaba entre el cobertizo, el huerto y un terraplén cavado en la ladera, donde a su vez, había cavada una pequeña estancia que servía de despensa. Allí estaba, además, la entrada al proyecto de túneles intercomunicados de Set, que pronto alcanzaría los cinco palmos de profundidad. Allí estaban, sentados sobre unos taburetes hechos con porciones de troncos, sus padres, Twila y Olenna, además del padre de Lobo; pero esta vez no parecían divertirse. Dirk empezó a hablar, torpe y vacilante.

—Yo... he de irme... un tiempo. Cosas que hacer, es peligroso. Mi hijo no puede ir conmigo y no... no hay alguien más. Lobo —dijo acostumbrándose al sabor de la palabra—, es buen chico, no da problemas.

Vosotros también buenos chicos sois, Nela y Greg, buenos padres. —se quedó mirando a Twila y Olenna —. Buenas madres también. Confío como confiaron en mí hace mucho tiempo. Fuera estaré un tiempo. Volveré en otoño.

Set estalló de ilusión.

—¿Eso quiere decir que Lobo se queda con nosotros?

—Y con nosotras también —dijo Twila, la pelirroja—. Nos repartiremos su cuidado. —Lobo la miró con temor y Set entendió por qué. Siempre la había visto así, pero empezaba a comprender la impresión que causaba a la gente la cicatriz que cruzaba su cara, justo entre los ojos, de un lado de la frente a la mejilla contraria—. Así no será demasiada carga para nadie —añadió.

Set miró a Twila, luego a Olenna, Nela, Greg y Dirk. Había algo que les preocupaba que no le estaban contando.

—Lobo se quedará esta noche con nosotros — dijo Nela—. Prepararé la hamaca.

"¡Lobo duerme con nosotros!" —pensó Set olvidándose de lo demás.

Después de despedirse de su hijo, Dirk se marchó por el paso de la catarata. Lobo apenas hizo un gesto, se refugió entre los niños y, sobre todo, con Set. Ya era casi completamente de noche cuando lo perdieron de vista, alejándose entre la espesura. La luna llena comenzaba a verse sobre el horizonte.

Cenaron algunos frutos y un poco de queso a la luz de la lámpara de aceite y prepararon la hamaca. A Lobo no le gustó demasiado y se acomodó en un

rincón, hecho un ovillo. A Set no se le escapó la mirada de comprensión que cruzaron sus padres.

Desplegaron la cama grande, que durante el día colgaba del techo, y recogieron la mesa y los taburetes para dejar sitio y poder abatir las pequeñas camas que ocupaban Set y Luca, ya que el espacio era muy escaso.

—¿Qué habéis aprendido hoy? —preguntó Nela, como de costumbre, cuando acabaron de acostarse.

—Que a veces hay gente que te ofrece opciones que en realidad no son opciones —dijo Luca acordándose del incidente de por la tarde.

—Que por las piedras desnudas cuesta mucho seguir un rastro —dijo Set. Odiaba ese juego, nunca se le ocurría nada interesante y siempre decía lo primero que le venía a la cabeza. Su padre lo miró extrañado.

—... —Lobo no decía nada.

—¿Y tú, Lobo? ¿Has aprendido algo hoy? —insistió Nela.

—...

—No pasa nada si no quieres responder —dijo Greg.

—Déjalo, papá, está pensando —dijo Set—. Lobo nunca dice nada sin motivo.

—...¡Todos tienen nombre! —dijo al fin. Su voz era torpe y le salió extraño gallo.

5

.Lecciones

La lección transcurre entre dudas y logros inesperados. Los Liberados regresan malparados.

La cabaña de Naaven estaba a unas cuantas decenas de pasos arroyo abajo, asomada al abismo, tras unas rocas que le servían de ancla y sostén. En los momentos en que no estaba arreglando alguna cosa solía estar en casa dibujando y quizá por eso veía tan mal. Había enseñado a los niños a leer y a escribir y aún acudían a su casa a recibir clases sobre muchos otros temas. Naaven había sido arquitecto e ingeniero graduado en la universidad de Antares, en Obcca, la isla con forma de escorpión, y era lo más parecido que tenían a un erudito. Aquella tarde enseñaba a Lobo los rudimentos de la lectura mientras los demás

respondían a las preguntas que el profesor había escrito en una gran lasca de pizarra.

—No te preocupes —dijo Luca a su hermano, igualmente inquieto—. Yo tampoco lo sé.

—Con este calor yo no puedo pensar —bostezó Ronna. Apenas podía acordarse de los conceptos que solo un par de días antes había estado explicándoles.

—Venga, muchachos, a este paso Lobo va a poder corregir vuestros exámenes —dijo Naaven cansado.

—¡Me rindo, esto no tiene sentido! —dijo Dan soltando la pluma.

—El qué? —dijo Naaven.

—Para tener hijos se necesita un macho y una hembra. vale. Sin embargo, nuestras madres...

Ronna dejó de rasguear y prestó atención.

—¿Qué es... lo que qui... quieres decir? —balbuceó Naaven.

—En fin, mi pelo tiene reflejos rojizos, como el de Twila, pero mi primera mamá es Olenna y Ronna tiene el pelo rizado y negro, como Olenna, pero su primera mamá es Twila... y también tiene pecas, como ella. En fin, luego está Luca, que se parece mucho a su madre; y es evidente que Set es igual que su padre.

—Ja ja, si. Pero no se a donde quieres llegar —dijo Naaven. El sudor perlaba su frente.

—Todo esto, lo de la semilla y la maceta. Me estoy acordando de cuando nos explicaste como tienen los frutos las plantas; las abejas y todo eso. Pero me he dado cuenta de que algunas de ellas tienen dos tipos de flores y que a veces están en el mismo árbol. ¿Es posible que algunas personas sean así?

Ronna había dejado atrás todo el sopor, ahora escuchaba atenta. Creía saber qué dudas tenía su hermano.

—No. Eso solo ocurre con las plantas y, creo, con algunos caracoles...

—¿¡Entonces cómo es posible que naciéramos mi hermana y yo!? —dijo golpeando la mesa con el puño.

—Quizá no expliqué bien lo de las semillas. Si, el macho planta la semilla en la maceta, que es la hembra. Si no hay maceta no hay planta, pero si no hay semilla tampoco —dijo Naaven—. En realidad no sois hermanos.

—¿QUE? —gritaron Dan y Ronna a la vez. ¿Como que no eran hermanos?

—¡No quería decir eso! —contestó Naaven atropelladamente—. Me refiero a hermanos *de verdad* como Set y Luca... ¡No! ¡Tampoco quise decir eso! No tenéis la misma madre, es decir, estaba allí esa noche y...

—¿Entonces qué pasa con los padres? —aulló Dan. Naaven se secó un exceso de sudor que no explicaba el calor—. ¿Tampoco estaban allí? —añadió —. ¿Por qué esto nunca me lo han explicado?

—¡Yo sí lo sé! —dijo Luca—. Mamá me explicó hace siglos lo que me pasará cuando sea mayor y por qué razón. Es un poco asqueroso, pero tiene lógica.

Ronna suspiró cabreada. A ella sí le había explicado Twila lo que pasaría, pero no habría estado de más que también le hubieran contado a su hermano como funciona su cuerpo.

—¿Si? —dijo Dan jugueteando con la pluma entre los dedos—. No se, siempre pensé que, en fin, las plantas lo hacen así. ¿Cuando pensaban explicármelo? Resulta evidente que debemos tener dos padres.

—¿Y no basta con uno? —dijo Set, que había comprendido más de lo que le creían capaz y además lo enfocaba de otras maneras. A Naaven se le escapó una carcajada nerviosa y contagiosa, así que tardaron un buen rato en dejar de reír.

—Acabad las preguntas, por favor —pidió Naaven, secándose las lágrimas—. Estáis distrayendo a Lobo.

Lobo, sin embargo, no solo no se había distraído sino que se había aprendido los dieciocho símbolos sin ningún problema. Canturreaba bajito, al borde de la audición: "Todos tienen nombre, tienen nombre todos". Luego le hizo una prueba de dictado con los demás mirándolo asombrados y apenas falló. Lo único es que parecía no saber donde comenzaba una palabra y terminaba otra, así que sus garabatos no tenían espacios. Eran una sola palabra larguísima que se retorcía y serpenteaba sobre si misma para poder caber en la hoja.

—En fin, no está nada mal para ser el primer día. Creo que por hoy ya está bien de clase —dijo Naaven—. Estoy muy ocupado con la botadura y... bueno, he quedado con alguien. No tardará mucho en llegar.

—¿Sales con alguien? —preguntó Ronna con interés. Le apetecía cambiar de tema por uno menos espinoso—. ¿Quién es?

—¿Van a botar el barco ya? ¿Tan pronto? —interrumpió Dan entusiasmado.

—¿Vamos a verlo? —aulló Set.

—Las preguntas de uno en uno, por favor: Pues si, Ronna, es alguien que conocí hace poco, no creo que lo conozcáis, no pertenece a ningún poblado. Vive no muy lejos de aquí, en una cabaña que mira al amanecer. Iremos juntos a la botadura. El barco tiene que partir antes de que el invierno se les eche encima. Y de pronto nada, Dan, hace más de diez años que Greg liberó la isla de Senamoth, el ser que impedía que nadie saliera —dijo dirigiéndose a Luca y Set—. No sé qué han planeado vuestros padres pero seguro que os llevan. En fin, dejadme vuestras hojas, antes de que nos vayamos pasaré por vuestras casas y os daré la nota. Además, así lo conoceréis. ¿Os parece?

Abandonaron la cabaña y emprendieron el polvoriento sendero que los llevaría a casa. No los esperaban hasta la hora de la cena, así que aún tenían algunas horas para deambular. Las chicharras perseveraban en su monserga y los abejorros cruzaban el camino zumbando en su vuelo amenazador entre los arbustos.

—¿Vamos un rato a la presa? —propuso Dan.

—¡Si! —gritó Set. Lobo afirmaba con la cabeza.

—Paso, no quiero encontrarme con los liberados sin bañador —se quejó Ronna. Ya había tenido suficiente con un encuentro—. No, gracias.

—No están allí —dijo Dan. Señalaba a los farallones recortándose contra el cielo. En su cima destacaban cuatro figuras que parecían estar buscando algo.

—No, no están en la charca —dijo Ronna aún inquieta, pensando en la vergüenza que le habían hecho pasar—. Pero puede que bajen a darse un chapuzón. Y más con este calor. ¿A dónde habrán ido?

—¿Y si los seguimos? —Dan parecía decidido a satisfacer su curiosidad.

—¿Por qué? —dijo Ronna con exasperación—. Es evidente que regresan a su casa.

—Tienes razón —cedió al fin—. ¿Qué tal si seguimos *sudando* la cabaña? Ya era pequeña para los cuatro, tendremos que ampliarla ahora que ha llegado Lobo.

—¡Si, eso! ¡Podemos empezar a *sudar* el pasadizo secreto! —dijo Set olvidándose del baño—. Y conectarlo con el túnel que he empezado en casa.

Dan no había propuesto eso en vano, Ronna lo conocía lo suficientemente bien como para pensar que había una segunda intención. Era probable que los adolescentes volvieran por el mismo camino. Seguro que quería ver que tramaban, pues su madre había vuelto la última vez del poblado silenciosa, sin decir una palabra a nadie y, horas más tarde, en mitad de la noche, la había oído llorar.

Una vez en la cabaña se vio que realmente era imposible cavar un pasadizo secreto en condiciones, pues el terreno era demasiado rocoso. A Set le costó un buen rato entender que no era posible y se acurrucó enfurruñado al fondo de la cabaña. Dan no quitaba ojo del camino. Ronna se acercó a él.

—¿Crees que pasaran por aquí, verdad? —le susurró en tono confidente—. Yo también la oí llorar.

—Si —admitió—. No me parece que *esos* tengan pensado nada bueno.

Estaban a punto de marcharse a casa, pues la tarde ya tocaba a su fin, cuando vieron a los chavales bajando con dificultad. Traían a alguien tumbado en una hamaca, improvisada al parecer, con una escalera de mano. Esta vez no parecían seguros de si mismos, sino asustados e inquietos. Los niños debatieron qué hacer antes de salir a su encuentro. Ronna se opuso enérgicamente, pero fue la única que levantó la mano ante su propia propuesta de seguir escondidos.

—¡Ayuda! —gritaron cuando los vieron acercarse—. ¡Está herido!

—¿Puedes avisar a tus madres? —dijo Luca a Ronna—. Nosotros los guiaremos hacia allí.

Ronna remoloneó un poco antes de ir a buscarlas. A pesar de todo quería saber qué pasaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Dan.

—Perdió mano y cayó hasta el fondo del pozo de la torre —dijo uno de ellos. Era delgado como un palillo y alto para su edad—. Hemos pasado toda la noche intentando sacarlo.

—¿Habéis estado en la Torre de los Arcontes? —preguntó Dan con interés. Ronna abrió mucho los ojos. ¡En casa no se hablaba nunca de esa torre!

—¡Cállate Stik! —dijo, el muchacho grueso y pelirrojo a su compañero, usando una mirada que decía muy claramente: "Ya has vuelto a hablar demasiado".

—Pero necesitamos ayuda —insistió él—, ¡Drack no aguantará hasta nuestro poblado!

—Mi segunda madre sabrá que hacer —dijo Dan —. Os puedo conducir hasta ella.

El pelirrojo acabó por ceder.

—Está bien, pero en cuanto se recupere o... o muera volvemos. Y alguien tendrá que dar las novedades —dijo mirando hacia el muchacho delgado como un palillo. Éste hizo un torpe saludo militar y corrió valle arriba, hacia el paso que llevaba hasta el poblado de los Liberados, al otro lado de las montañas.

Llamaron a la puerta de la casa de Dan. Twila estaba cocinando unos huevos duros y preparando una ensalada de verano, pero lo dejó todo en Manos de Ronna y así pudo atenderlo.

—¿Donde ha ocurrido el accidente? —les preguntó Olenna con gesto grave.

—En la laguna donde nace el río. Estábamos de expedición.

Olenna observaba el polvo rojo que manchaba las ropas del grupo.

—¿Qué es lo que hacíais en las ruinas de la Torre de los Arcontes?

La mirada huidiza de los muchachos los delató.

—No puedo saber hasta dónde llegan las lesiones de la cabeza —dijo Twila al cabo de un rato —. Pero tiene una pierna rota y un hombro dislocado. Se la entablillaremos y le colocaremos ese hombro. ¿Has dicho a tu amigo que envíen a alguien a recogerlo?

—Eh, ¡No!

—Mal —reprendió Olenna severa—. Ahora tendrás que enviar a otro o ir tu mismo. Si tienes suerte vendrán a buscarlo, pero no puede quedarse aquí y no podemos llevarlo. ¡Y vosotros! —los niños se sobresaltaron cayendo en la cuenta de que les

hablaba a ellos—. Id a casa de Greg y Nela, no pintais nada aquí.

—¡Pero Mamá...! —comenzó Dan.

—Ya se lo explicaremos en cuanto podamos —dijo Twila—. Si necesitáis algo, pedídselo a ellos. Ronna, tu también, deja esa sartén, ya se encarga tu madre.

Nela y Greg escucharon el excitado relato de los niños con gesto de preocupación. Cenaron, compartiendo la sopa para cinco entre los siete, y la completaron abriendo un delicioso queso de oveja que exudaba grasa. Como dentro de la casa no cabían, extendieron una lona, ya casi en plena oscuridad, entre el terraplén y el pequeño huerto. Allí, bajo esa improvisada tienda de campaña, acabaron por dormirse.

De madrugada, Ronna se despertó con la voz de su madre, hablaba con Nela en voz baja. No pudo entender qué decían, pero su tono era de preocupación. No tardó en oír sus firmes pasos alejándose entre la trillada hojarasca. Aún tardó un buen rato en dormirse. Sus pensamientos no dejaban de dar vueltas sin llegar a ningún lado y deseó haberse levantado a preguntar. Era casi seguro que solo hubiera obtenido una mirada dura y un "Vuélvete a la cama" seguido de un beso de despedida. Cayó en la cuenta de que realmente solo quería ese beso.

6.Un misterioso mensaje.

Mientras Dan y los niños trabajan para ampliar la cabaña, aparece un misterioso mensajero con un mensaje aún más misterioso.

El ambiente resultaba pesado cuando, a la tarde del día siguiente, se dirigieron a la charca. Nubes blancas cubrían el cielo y el agua fresca no era suficiente para combatir el bochorno. Set y Dan habían encontrado un viejo capazo de sauce trenzado, sin demasiados agujeros, y habían decidido que era ideal para continuar con la cabaña. Lo llenaban de tierra extraída de un terraplén de arcilla roja, la cual amasaban bien antes de volcarla en el capazo. Lobo, que cavando era único, los ayudaba; se agachaba como un perro y, con las manos, arañaba la tierra, lanzándola hacia atrás entre sus piernas hasta formar un gran agujero. Set se desternillaba viéndolo.

Ronna y Luca parloteaban entre ellas mientras amasaban distraídas. Nela los había despertado aquella mañana. Las madres de Dan y Ronna habían partido antes del amanecer, hacia el poblado de los Liberados. Habían decidido acompañar al fin a los muchachos, quienes cargaban al herido en unas parihuelas, más cómodas para el enfermo que la escalera de mano que hasta entonces habían usado.

—Y claro, dijo mi mamá que tardarían como mucho tres o cuatro días —divagaba inquieta Luca.

—No me gusta. ¿Qué buscaban esos en la Torre de los Arcontes? —dijo Ronna

—¿Tesoros quizá?

—No creo. Mamá Olenna estaba asustada. En casa está prohibido hablar de esa torre.

De pronto Set lanzó un chillido agudo y asustado y Dan miró en esa dirección. A su vez, todos gritaron de la impresión. Todos salvo Lobo, que de un brinco se encaramó a un árbol.

Un hombre de ojos ciegos y blancos, pelo canoso y vestido con harapos descansaba sentado en la orilla del arrollo, con los pies dentro del agua. Sobre su hombro reposaba una larga y recta vara pulida. Sus dedos topeteaban distraídos sobre la madera. Nadie lo había visto llegar.

—¿Quien.. quien eres? —se atrevió a preguntar Dan.

—¿No habéis jugado nunca a meter los pies en el agua para dejar que los peces os los mordisqueen? —dijo ignorando abiertamente la pregunta—. A mí me gustaba, pero a los peces ya no parecen interesarle mis pies.

—Mi hermano te ha preguntado que quién eres —insistió Ronna, inquieta pero firme. No le gustaba el aspecto del intruso. Los ojos ciegos del extraño la miraron y ella contuvo un grito.

—Me llamo Arcturos, quizá hayáis oído hablar de mi.

—¿Eres el Centinela? —dijo Set sorprendiéndolos—. ¡Entonces conoces a mis padres!

—Si, los conozco. A todos. He venido para que les entreguéis un mensaje.

—Creo que están en casa ahora mismo —dijo Luca levantándose y sacudiéndose el barro de las manos—. Puedo ir a buscarlos si...

—Seréis vosotros quienes entreguéis el mensaje —interrumpió el extraño—. Decidles que deben estar preparados.

—¿Preparados? ¿Como que preparados? ¿Para qué? —dijo Dan.

—Para una venganza largamente pospuesta.

—¿No se lo puedes decir tú directamente? —dijo Luca cohibida—. No tardarán más que un instante, la casa está justo detrás de...

—Sería romper las reglas —interrumpió de nuevo. El hombre se levantó ágilmente y se sacudió el barro de la ropa, al parecer más por costumbre que por limpiarse realmente. No hubiera servido de gran cosa, dado el estado de las prendas. Empuñó la vara con firmeza y dirigió sus lechosos ojos hacia Dan, que se estremeció.

—Por cierto; ¿cómo pensáis arrastrar el capazo hasta esa cabaña que estáis construyendo?

Dan lo miró atónito, echó un vistazo al recipiente a sus espaldas y luego otra vez al visitante.

El capazo estaba lleno de masa de arcilla hasta más de la mitad. Ninguno lo había pensado, pero ciertamente sería difícil moverlo, aún juntando las fuerzas de los cinco. Lleno del todo sería imposible.

—¿Pero como...? —atinó a decir sin comprender nada.

—Es más fácil si cogeis ese barro, hacéis ladrillos con él y lo transportáis cuando ya estén secos. Pesarán la mitad y será más fácil dividir la carga. —Dan trataba de averiguar cómo había podido saberlo el ciego, o si realmente lo era—. Y deja de agitar esa mano delante de mi cara —añadió—, es de mala educación.

Dan retiró la mano como si le quemara.

—Pe pe pe pero...

—Mis ojos no pueden ver, pero eso no significa que no sepa lo que ocurre a mi alrededor. Ahora he de irme. Id con cuidado y no olvidéis el mensaje para vuestros padres.

Apoyándose en la vara se dirigió hacia los árboles del fondo, entre los cuales desapareció al instante. Solo entonces, Lobo bajó cuidadosamente del árbol.

Llegaron casi a la carrera hasta la casa de Luca y Set, abandonando el capazo junto a la corriente. Llamaron a la puerta pero no respondió nadie. Se acercaron al huerto y encontraron a Greg, azada en mano, abriendo y cerrando caballones para dejar que el agua los regase.

—¿Qué pasa chicos? —comentó preocupado al verlos tan alterados.

—¿Dónde está mamá? —dijo Set.

—Ha bajado a las granjas a por provisiones, ¿Por?

—¡Hemos visto al Centinela! —estalló Ronna.

—Quería entregarnos un mensaje —dijo Luca.

—¡Dice que los peces ya no le muerden los pies! —exclamó Set sin poderse contener.

—¿Que los peces no... qué? —dijo extrañado.

—Dijo que hiciéramos ladrillos con barro —aportó Dan.

—¡Eh, espera! ¿Cual es el mensaje? ¿Que hagáis ladrillos? ¿Qué peces? ¿De qué centinela habláis? —dijo Greg confuso ante la avalancha de información sin clasificar—. Y por favor, de uno en uno.

—También las preguntas —dijo Lobo indignado. Todos se le quedaron mirando.

—Tienes razón, Lobo. ¿Quien es ese centinela?

—Es ciego pero ve lo que hay alrededor —aportó Dan.

—¡Arcturos!

—¡Si, así se llama! —dijo Set.

—¿Qué es lo que quiere?

—Dijo algo de una venganza muy larga y pospuesta —expuso Luca—. No sé qué significa, pero no me gusta nada como suena.

Greg palideció considerablemente.

—¿Dijo a quién debéis transmitir el mensaje?

—A vosotros.

—¿A Nela y a mí?

—Dijo nuestros padres —apuntó Dan—. Yo entendí que se refería a los de todos.

—Pero tú no tienes padres, solo madres —dijo Set—. Igual solo se refiere a papá y al padre de Lobo.

—¡Pues yo creo que lo decía por todos en general! —insistió Dan, molesto con Set.

Greg se mostraba pensativo.

—¿Aún sigue allí? —dijo de pronto, soltando la azada y cogiendo el sombrero que había colgado de una rama—. Tengo que hablar con él.

—Se fue —dijo Ronna—. Dijo algo sobre unas reglas.

Greg se detuvo, manoseando pensativo el sombrero.

—¿Mencionó alguna cosa más?

—No... creo —dijo Luca.

Greg se caló el sombrero hasta los ojos.

—No entiendo qué puede significar. Llevadme hasta donde estaba.

El capazo seguía donde lo abandonaron, lleno hasta la mitad y con una costra de barro ya endureciéndose en la superficie. Lobo enseguida encontró las huellas de los cinco niños, pero ninguna que pareciese de un adulto. Solo encontró unas cuantas marcas circulares, como las que dejaría un bastón. La cara de Greg estaba casi gris.

—Volved a explicármelo todo. Pero de uno en uno y desde el principio.

7.La caza de las calaveras

Naaven no se encuentra en su cabaña y los niños comienzan a sospechar que algo grave le ha pasado. Olenna y Twila vuelven del poblado de los liberados con inquietantes noticias.

La botadura era tres días más tarde y las mamás de Ronna y Dan aún no habían vuelto. Nela, quien había regresado agotada, cargando un gran saco de víveres, se encogió de hombros.

—Imagino que vuestras madres no querrían que os lo perdierais, así que iremos todos.

—¿Quién más va a ir? —preguntó Set.

—Pues no lo sé, pero creo que casi todo el mundo. —dijo Greg—. ¡Es un acontecimiento muy importante! Nos reuniremos en la explanada de las

juntas y desde allí iremos todos juntos. Al menos eso fue lo que me dijo Naaven.

—Naaven ya debe estar allí, se fue hace unos días —dijo Ronna.

—¿Como? No fue eso lo que nos dijo a nosotros.

—¡Es que está saliendo con alguien! —dijo Set.

—¿Naaven? ¡Ja! ¡Pues eso *sí* que no nos lo había dicho a ninguno!

—Por cierto —recordó Nela—. ¿Qué tal fue el examen? ¿Qué nota os puso?

—¡Ah, pues no lo sé! —dijo luca—. ¿No os lo dijo a vosotros? Dijo que pasaría por casa antes de marcharse.

—Pues por aquí no pasó —dijo Nela meditabunda.

—Seguro que se le olvidó —dijo Ronna—. Podemos ir a su cabaña y buscarlos, seguro que todavía están allí.

—¿Por qué tienes tantas ganas de saber la nota? —dijo Dan con resquemor. No le había salido demasiado bien.

—¡Porque no estoy segura si lo hice bien o mal!

—No me gusta que entréis así en las casas de la gente cuando ellos no están. Es de mala educación —dijo Nela.

—¡Pues tú has entrado en nuestra casa sin que hubiera nadie!

—Lo sé, pero necesitaba ropa para vosotros, no he ido a investigar.

—¿Podemos ir a seguir *sudando* nuestra cabaña? —propuso Luca.

—Solo un rato, tenéis que estar aquí a la hora de comer. Y no me gusta nada esa expresión —gruñó.

Los cinco niños tomaron el sendero que los llevaría hasta la cabaña, pero en cierta desviación, Ronna se detuvo. Su hermano se acercó a ella.

—¿Aún piensas ir a la cabaña de Naaven?

—Pues si. Nela no puede darme órdenes, no es mi madre —dijo dolida.

—¿Tanto te interesa esa nota?

—No, en realidad. Pero me resulta muy extraño que no nos la diera.

—Estaba con su novia, seguro que se le olvidó completamente —dijo Dan.

—¿Novia? ¿Naaven? Hasta que no vea la cabaña con mis propios ojos no estaré tranquila. Aún me acuerdo de ese ciego de la vara y se me ponen los pelos de gallina.

—¡Las gallinas no tienen pelos, tienen plumas! —dijo Set molesto.

La discusión duró hasta que llegaron a la cabaña de su profesor. El camino era estrecho, discurría al borde del barranco y solo podían ir de uno en uno. La puerta ni siquiera estaba cerrada, solo encajada. Había algo extraño en entrar en esa cabaña, que tan bien conocían, sin que estuviera su dueño. La pesada lasca de pizarra que equilibraba la cabaña aún tenía dibujados los símbolos que copió Lobo. En el otro extremo, bajo la ventana, estaba el escritorio del propio Naaven: un revoltijo de papeles repletos de bocetos y cálculos. Al fondo de la estancia estaba su cama revuelta y en el centro, en la mesa que usaban

para dar clases, aún estaban los exámenes. Dan echó un vistazo al suyo.

—¡No lo ha corregido! —suspiró.

—¡El mío si! —dijo Set señalando las marcas de tinta roja—. ¡Y no me ha ido muy bien!

—¡Y el mío! —dijo Luca—. ¿Diecisiete de veinte? ¡No está mal!

—El mío también lo está, pero... ¿Solo hasta la mitad? —dijo Ronna con una mueca de extrañeza.

Lobo miraba su hoja de papel, en la que Naaven había interpuesto marcas rojas separando las palabras.

—El de Lobo también lo ha corregido entero —dijo Ronna ciertamente molesta—. Esto es muy extraño, como si lo hubieran interrumpido mientras corregía.

—Su mochila sigue ahí —dijo Dan señalando a la parte interior de la puerta—. El frasco de tinta roja está abierto... y seco. Pero no veo el pincel.

—¿Y si abrió la puerta pensando que había llegado su cita, pero no lo era?

—Debemos decírselo a nuestros padres —dijo Luca.

—Entonces sabrán que hemos venido —dijo Ronna reticente.

—¡Lobo puede seguir el rastro! —dijo Set.

Lobo se abalanzó hacia la puerta y comenzó a rastrear el terreno. En los alrededores de la cabaña el suelo era muy rocoso y no logró encontrar nada, tampoco en el sendero por el que se llegaba hasta la cabaña, pues habían arruinado con sus pisadas lo poco que pudiera quedar. Sin embargo, rastreando los aledaños, pronto encontró una cosa, al este de la cabaña.

—¡Es el pincel! —exclamó Set. Sujetaba una fina caña en cuya punta habían sido fijados pelos de zorro manchados de tinta roja.

—Eso parece. Pero; ¿hacia dónde fue? —se preguntó Dan.

—No lo se. Hacia allí es todo montaña.

Lobo se lanzó corriendo en esa dirección, de forma que los demás tuvieron que esforzarse para seguirlo. Subiendo la ladera, ya entre los árboles, encontraron hojarasca removida. Lobo señaló tres grupos de huellas que seguían la misma dirección: hacia la cima. Aún discutían si seguir o volver cuando oyeron el silbato de halcón de Greg llamándolos. ¿Era ya la hora de la comida o habría pasado algo?

Llegaron casi a la carrera, acalorados y sin aliento, para encontrarse con que Twila y Olenna habían llegado. Parecían cansadas, empapadas de sudor y ojerosas, pero sanas y salvas.

—¡Mamá! —gritó Ronna y corrió hacia ellas. Dan no dijo nada pero igualmente se arrojó a sus brazos. Los demás niños saludaron, pero estaban más excitados por lo que acababan de ver.

—¡Naaven no estaba! Ni siquiera acabó de corregir los exámenes —dijo Set, omitiendo convenientemente que el suyo sí lo había corregido.

—Se dejó la mochila y perdió el pincel por el camino. ¡Se lo han llevado otras dos personas! —exclamó Luca—. ¡Mira!

Sus padres contemplaron el pincel manchado de tinta roja.

—Espera: ¿No dijo Nela que no fuerais a su cabaña? —dijo Greg.

—¡Qué más da eso ahora! —dijo Nela preocupada—. ¿Qué es eso de que se lo han llevado? ¿Estáis seguros?

—No terminó de corregir los exámenes y se dejó la mochila preparada. ¿Qué va a ser si no? —insistió Luca.

—Encontramos huellas de tres personas que subían por la ladera —dijo esta vez Dan.

—Y él solo esperaba a uno. Seguro que abrió la puerta sin mirar quiénes eran —dijo Ronna—. ¡Nos la encontramos abierta!

Los adultos se mostraron pensativos. Greg se retorcía las manos, pero no dijo qué estaba pensando.

—Quizá deberíamos ir a verlo —dijo Twila—, antes de hacer saltar la alarma.

Todos juntos tomaron el camino que los llevaba hasta la cabaña de Naaven. El sol, en ese momento en su punto más alto, golpeaba con violencia. Se hacía difícil caminar por los tramos sin sombra.

—¿Qué ha pasado con los chavales del poblado de los Liberados? —preguntó Dan a su madre.

—El accidentado se pondrá bien, tienen un buen médico.

—¿Que tramaban? —preguntó Luca.

Olenna frunció el ceño y no quiso decir más. Nela se acercó a su hija y le dijo:

—Es una especie de rito de iniciación, los chavales tienen que visitar la torre de los arcontes, bajar hasta el más profundo de sus sótanos y llevar al poblado una calavera humana.

Luca, asustada, abrió mucho los ojos. No quiso saber nunca nada más acerca de ello. Deseo que no se cumplió.

Cuando llegaron a la cabaña de Naaven, los adultos fueron a entrar.

—Será mejor que os quedéis fuera, niños.

—No podemos dejarlos solos —dijo Greg—. ¿Quien sabe lo cerca que estuvieron ese día de quien fuera que se lo llevó?... Si es que alguien se lo llevó.

—Tienes razón —dijo Nela—. ¿Te quedas tú con ellos?

—De acuerdo —dijo, quizá un poco decepcionado aunque trató de disimularlo como mejor pudo.

Las tres mujeres se acercaron hasta la puerta. Los niños estaban algo incómodos, habían sido ellos a los que el Centinela se había dirigido y habían sido ello también quienes descubrieran la desaparición, en extrañas circunstancias, del profesor. Set estaba especialmente nervioso, pero por otro motivo.

Luca debía estar pensando en lo mismo que su padre, porque fue quien rompió el silencio.

—Papá, ¿Crees que lo que nos dijo aquel extraño y la desaparición de Naaven tienen algo que ver?

—No lo sé —dijo tras pensar unos instantes—. Y me gustaría tener algunas piezas más antes de tratar de adivinar si pertenecen al mismo puzzle.

—Alguna idea tendrás —insistió.

—Hay algo... pero no. Es una tontería.

—¿Cual? —dijo esta vez Dan, sumándose a la conversación.

—Está bien, pero no tiene mucho sentido.

—Da igual, algo es algo.

—Está bien. Os lo contaré. Hace unos años, Naaven dirigía la mina junto con un talashí de cuyo nombre, la verdad, no me acuerdo. Un día, éste apareció muerto en circunstancias nunca aclaradas. Muchos culparon al propio Naaven. Quizá el Centinela nos advertía contra esto, ya que somos nosotros sus amigos. Pero claro, ninguno recuerda cuáles fueron sus palabras textuales. ¿No? —Los niños negaron con la cabeza, salvo Lobo que husmeaba distraído por los alrededores y Set, que no sabía que era "textual"—. Textual —continuó explicando Greg—, significa, en este caso, las palabras exactas que utilizó. Palabra por palabra.

En ese momento Lobo lo miró. Si "Lobo" fuera algo más que su nombre hubiera levantado las orejas, atento.

—¡Si! —dijo acercándose excitado—. ¡Yo si!

—¿Eso es cierto? ¿Puedes repetirlas?

—¿Todas? —dijo aquel.

—Todas las que dijo ese hombre.

Lobo lo explicó todo, palabra por palabra, desde el comentario sobre los peces hasta el consejo sobre los ladrillos, pasando por lo que cada uno de los niños le dijo.

Las mujeres bajaron de la cabaña cabizbajas y pensativas.

—¿Y bien? —dijo Greg.

—Es muy posible que tengan razón. La mochila estaba preparada, lista para emprender el viaje. Sin embargo no hay señales de violencia. Niños, ¿dónde encontrasteis el pincel?

—Junto a aquellos arbustos —señaló Set con el dedo.

Se acercaron y rastrearon el terreno sin encontrar nada más. Entonces Nela les preguntó en qué dirección habían encontrado las huellas y los niños se lo indicaron.

—El viejo paso... —meditó Olenna—. Greg, ¿puedes llevarlos a casa? Será mejor que, de momento, no salgan solos. Quiero echar un vistazo más detenidamente.

—Sin problemas. ¿Tardareis mucho?

—No iremos más allá del viejo paso —dijo Nela —. Volveremos como mucho en un par de horas. Y por cierto Set. —Set la miró horrorizado, conocía muy bien ese tono específico de su madre—. Ya hablaremos luego acerca de tu examen.

8.Caminos olvidados

Mientras viajan hacia el puerto encuentran a viejos conocidos y disfrutan de un baño antes de acampar y pasar la noche.

La marcha estaba siendo dura. Después de unos días de tiempo un poco más inestable el sol volvía a castigarlos. El primer tramo había sido poco más que un paseo, pues conocían más que de sobra el pequeño valle, pero pronto llegaron a las escaleras. Nela contaba que el mismo Naaven había diseñado y construido el nuevo sistema de escaleras de madera, más anchas, seguras y cómodas que las originales talladas en la roca, que subían, salvando la catarata hasta el valle. Aún así, el descenso fue largo y duro hasta que por fin llegaron a la fresca sombra de los pinos, al pie de la cascada.

El sendero continuaba siguiendo el cauce del río, dando pequeños rodeos y desviándose para llegar al puente de tablas que conducía a la zona de las granjas. Aquí y allí se levantaban pequeñas construcciones entre los árboles. Al igual que en el valle, muchas tenían sus pequeños huertos; pero, sobre todo, criaban cabras, ovejas, gallinas y otros animales domésticos. El siguiente arroyo lo cruzaron por una represa junto a la Posada: un edificio de piedra. Bajo los alisos que la sombreaban el grupo paró a comer algunos frutos secos, a beber agua y a reponer fuerzas. Lobo abrió su bocadillo, engulló el queso y el jamón y luego, más tranquilamente, se comió todo el pan. Los demás

apenas le prestaron atención, ya se iban acostumbrando a sus rarezas.

Dan dio un codazo a su hermana y señaló en una dirección. Los Lobos de Uain Creag, el poblado del bosque, se dirigían hacia ellos. Al frente marchaba un hombre alto y musculoso, bastante guapo, pero cuya melena de rizos negros clareaba de forma preocupante por su parte superior. El hombre pareció verlos y, con el puño en alto, ordenó una pausa para dirigirse en solitario hacia ellos. Lobo notó cierta tensión en los adultos que le acompañaban, así como entre Ronna y Dan. Olenna tenía los labios muy tensos.

—¡Hola! —dijo al acercarse—. ¡Cuanto tiempo! Me preguntaba si hoy o mañana podríamos coincidir en algún momento. Vamos a la botadura, por si por alguna razón las cosas se ponen feas, ya sabéis...

Lobo notó como la incomodidad no cesó cuando respondieron.

—Nosotros también vamos allí —dijo Nela—. Veo que te va bien entre los Lobos.

—No me quejo, son buenos muchachos y muchachas —dijo señalándolos con un movimiento de cabeza—. Sentaste un precedente, je, je. —Se rascó nervioso tras la oreja antes de dirigirse a los niños—. ¿Qué tal estás, Ronna?

Ésta se sobresaltó y respondió tímidamente que estaba bien. Twila tomó la palabra con aire conciliador.

—Íbamos a hacer un alto para descansar y dormiremos en el camino. No llegaremos hasta mañana por la mañana.

—¡Oh, bien! Mañana nos vemos, entonces —dijo desprendiéndose de la mochila y buscando algo

dentro. Extrajo una bolsa de caramelos y se la dio a Ronna, que la aceptó con la cara colorada. Dan gimió molesto—. ¡Que tengáis un buen viaje!

Cuando al fin desapareció junto con su grupo, tras los árboles del siguiente recodo, Olenna, que no había abierto la boca murmuró:

—Menudo idiota.

Al poco rato de reemprender la marcha salieron a campo abierto. A la izquierda se extendían los campos de cultivo que abastecían a la mayor parte de la población de la isla. Sobre la loma, frente a ellos, se levantaba Aird Creag, la ciudad fortaleza más inexpugnable de todas. El camino que subía hasta la ciudad partía desde la izquierda y enseguida se perdía, entre vueltas y revueltas hacia la cumbre. Lobo miraba las negras murallas, allá en las alturas, y se imaginaba cómo sería vivir encerrado entre esos muros. Ya los había visto antes, pero nunca tan cerca y solo pudo pensar que no creía que la seguridad que proporcionaban esos muros compensara el agobio de vivir en un lugar tan estrecho.

Ya caía la tarde cuando llegaron hasta el lago. Se desviaron del camino principal para buscar un sitio donde acampar y pronto se dieron cuenta de que no eran los únicos que habían tenido esa idea, pues un grupo de hombres jóvenes, que por su aspecto parecían llegados desde la aldea de los Liberados, habían levantado una tienda de campaña sobre una porción de prado agostado. Entre ellos, un cincuentón se quedó mirando fijamente a Lobo.

Allí había pocos árboles que dieran sombra y cobijo, pues de los grandes solo quedaban tocones y la

maleza había invadido buena parte del terreno. Lobo observó que debajo de las zarzas había montones de troncos apilados, abandonados y podridos. De encontrar un lugar libre de maleza, gozarían de cierta intimidad, lejos de la vista y la atención de aquellos ruidosos muchachos, pero no habían logrado encontrar nada de su agrado.

Al final llegaron hasta las aguas del lago, que el viento levanta en pequeñas olas, y llegaron a una cueva con la boca casi sumergida.

—Pensé que a lo mejor era posible que estuviera en seco —dijo Nela—. Pero me equivoqué.

—El nivel de las aguas subió cuando construyeron el molino —recordó Twila.

Lobo perdió el interés en la conversación de los adultos. Pronto oscurecería y no tenían sitio donde acampar, así que fue con los niños. Se acercó a Set, que discutía con su hermana. Set presumía de lo moreno que se iba a poner en cuanto se fuera el tono rojo que había conseguido por el sol y ella le decía que "Ya se enteraría". Set lo miró y supo que quería decirle algo. No hacía falta. Con Set no eran necesarias casi palabras.

—Tienes razón —dijo Set al cabo de un rato—. Este sitio no me gusta... ¿Crees que puedes encontrar algo mejor?

Lobo se encogió de hombros.

—¡Chicos! —dijo voz en grito—. ¡Lobo cree que puede encontrar un sitio mejor para acampar!

—¿Si? —dijo Luca con los ojos muy abiertos. Esos ojos que tanto le gustaba mirar, aunque no supiera explicar por qué.

—¿Mamá? —dijo Ronna—. ¿Podemos ir con Lobo a buscar un sitio para acampar?

—¡Claro! —dijo Twila, distraída.

—¡No! —zanjó Olenna—. No conocéis este sitio y es muy intrincado. Os podéis perder.

—Con Lobo no nos perderemos —insistió Ronna—. Sabe seguir rastros.

—He dicho que no —dijo severa—. No es seguro que salgáis solos.

—¡Pero mamá! —protestó Dan.

Lobo olisqueó el aire. Olenna no era su madre, no podía darle órdenes. Por ahora se encontraban muy a gusto, pero algo le decía que con las últimas horas de la noche se levantaría un viento helado y ese lugar quedaba muy expuesto. Al parecer alguien había sugerido bañarse en el lago y se habían olvidado de su idea, pues ya se quitaban las ropas. También los adultos, al parecer, pues fueron tras ellos a chapotear. Nadie lo miraba. Era su oportunidad.

Subió por el pequeño terraplén y allí volvió a olisquear. No podía explicar cómo, pero los pies lo condujeron a través de arbustos, tocones, troncos y pequeños árboles hasta un pequeño claro. La hierba estaba seca pero no agostada como en el campamento de aquel hombre tan extraño que no dejaba de mirarle. Los laterales, cubiertos de maleza, los protegerían del viento y al fondo lo cerraba el tronco caído de un árbol gigantesco. Un tronco hueco.

Cuando volvió, comenzó a oír su nombre. Al fin habían descubierto su ausencia.

—¿Y si se ha ahogado? —decía Ronna, angustiada.

—¡Pero si sabe nadar! —decía Set—. ¡Y además muy bien!

—Estoy aquí —dijo Lobo. Luca pegó un grito sobresaltada—. Un sitio mejor —continuó diciendo —. Menos viento frío.

—¡Papá, no busques más, está aquí! —gritó Set.

—¡Lobo! ¿Donde estabas? ¡Que susto nos has dado!

—¡Papá, Lobo ha encontrado un sitio mejor!

—¿Un sitio mejor? —dijo Twila acercándose con sus hijos y Olenna—. ¿Qué tiene de malo este?

Lobo notó que volvían a mirarlo de ese modo. Buscaban una explicación y eso le ponía muy nervioso, ya que nunca había tenido que darlas.

—Más cómodo. Menos viento, menos frío. Más escondido.

Los adultos continuaron mirándolo durante unos instantes. ¿Qué más necesitaban?

—No puede negarse que es hijo de su padre —comentó Nela—. ¿Qué tal si vamos a verlo antes de decidir donde acampamos?

Al parecer el sitio les gustó y montaron una lona junto al tronco. Lobo se metió dentro y se acurrucó sobre el blando lecho de madera podrida. Era estrecho y oscuro, pero cálido y seco. Se sintió como en casa.

9.Despedida.

El ambiente festivo acompaña a la partida del barco, hasta que un desgraciado incidente hace que todo cambie.

Los pasajeros saludaban desde los pretiles a los presentes. Un muelle de tablas llegaba hasta el barco, a donde subían las últimas cajas y barriles para la travesía.

La multitud apenas los dejaba ver nada. Los niños se turnaban para encaramarse en los hombros de sus padres; salvo Lobo que había encontrado un poste. Los Lobos de Uain Creag y los Cazadores de Aird Creag vigilaban que la multitud no se acercara demasiado al barco. Éste era grande, de tres mástiles y velas cuadradas y triangulares. Era un buen barco para viajes largos, construido con las mejores maderas de la isla.

—No, no veo a Naaven —murmuró Nela, después de buscarlo varias veces con la mirada. Sobre los hombros de su padre, Set se fijó en el grupo de Salvajes que acababa de llegar. No eran muy

numerosos y se mantenían un poco apartados. Ellos también querían ver partir al barco, al fin y al cabo. Un hombre muy alto —un humano— que estaba con ellos se acercó para saludar. Tenía mucho pelo rizado, anudado en una coleta, y una frondosa barba canosa. Lo acompañaba una mujer Salvaje.

—¿Qué tal estáis muchachos? —atronó un vozarrón que destacaba sobre el ruido del gentío. Miró a Set. Incluso sobre los hombros de su padre sus ojos quedaban a la misma altura que los del hombretón—. ¡Veo que habéis traído a vuestros retoños!

—¡Cliff! —saludó Greg—. Tienes buen aspecto. ¿Ella es...?

—Si, es mi esposa, Khala. —dijo tajante—. No podía perderme la partida del primer barco por nada del mundo. ¡Nela! —se dirigió a hablar con ella. Khala los miró curiosa. A Set le pareció muy fea, tenía el ceño muy grueso, la mandíbula muy ancha y sin apenas barbilla. Sonrió: sus dientes eran muy grandes y cuadrados.

—Así que tú eres Greg —dijo en perfecto Altaír, el idioma más usado por los humanos de la isla—. Cliff me ha hablado mucho de ti. Fuisteis Lobos juntos.

—Si —dijo Greg algo cohibido—. Aunque no fue durante mucho tiempo.

—Lo suficiente para que te tuviera en estima. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —dijo Greg.

—¿Papá? —dijo Set cuando la mujer se marchó —. ¿Ese hombre se ha casado con una Salvaje?

—Si, hijo, pero ellos prefieren ser llamados kartü. Y ya sabes que no debemos juzgar de quien se enamora nadie.

Set miró a Twila y Olenna, sabía a qué se refería su padre. Set las conocía de siempre y nunca, hasta que Ronna les contó qué alguna gente las llamaba *recoveras*, había pensado que hubiera nada raro en su relación. No entendía qué había de malo en ello.

Un individuo bajito y calvo, desde la proa del barco, tocó una campana para llamar la atención. Pronto todos lo miraron.

—Amigos —comenzó a decir—, hoy es un día histórico. Por primera vez en cien años un barco construido aquí parte de las aguas de esta isla. La Mazmorra vuelve a ser merecedora de su ancestral nombre: Tamyria.

Se oyeron aplausos, silbidos y gritos de alegría.

«Hace diez años que nuestro compañero, Greg, arriesgó su vida para ello, para encerrar de nuevo al ser que nos mantenía confinados, el ser que los pérfidos Arcontes liberaron de su prisión de roca».

Todas las miradas se dirigieron entonces hacia su padre quien, con Set a hombros, se sonrojó mientras lo aplaudían.

«El camino durante estos diez años ha sido difícil y no hubiera sido posible sin nuestro ingeniero, Naaven, a quien no veo por aquí, pero como lo conozco, seguro que si no lo está es porque se le ha ocurrido alguna idea fabulosa y está dibujando, sin saber ni siquiera qué día es. ¡Es igual. Dediquémosle un buen aplauso!»

Buena parte de la gente volvió a aplaudir. Nela se mordía el labio sin dejar de mirar alrededor.

«Recordemos que nuestro primer intento, el primer barco que construimos, se hundió por culpa de una tempestad sin que llegara a salir del puerto. El segundo rompió la amarra y se fue a la deriva, hasta chocar contra los arrecifes. Algunos llegaron a creer que una maldición pesaba sobre nuestra empresa».

Se oyeron algunos aplausos fuera de lugar. Era evidente que algunas personas habían aprovechado el ambiente festivo para beber más de la cuenta.

«Pero, ¡helo aquí! El mejor barco construido en esta isla. Aprendimos de los errores del pasado y el tercer golpe será el que hunda el clavo».

En ese instante las amarras cayeron y las velas se desplegaron. Los bicheros empujaron el navío lejos del muelle y, en medio de una salva de aplausos, el casco se alejó lentamente hacia mar adentro. Nadie se movió de los muelles; contemplaron cómo se hinchaban las velas y un viento comenzó a impulsarlo. Set se dio cuenta de que la gente, con la mirada fija en el barco, contenía la respiración.

Un rato después el barco llegó más allá de los islotes y la gente comenzó a respirar tranquila. Algunos incluso comenzaron a irse, pero entonces el barco comenzó a inclinarse. Alguien gritó, señalando hacia Greg, era uno de los jóvenes que habían acampado junto a ellos, cerca del lago.

—¡Set, baja ahora mismo! —ordenó su padre. Éste estaba tan sorprendido por el tono que obedeció al instante, aunque eso le costara quedarse sin saber qué pasaba.

—¡Se está hundiendo! —oyó a alguien. Su madre agarró a su padre por el brazo.

—¡Vámonos!

La gente los miraba y ninguna de las miradas era amable. Oyó varios "Mentiroso" y alguien intentó pegar a Greg.

—¡Quietos todos! —gritó una voz. Era Izkail, intentando mantener a la gente alejada—. ¡Lobos a mí!

—¿¡Pero por qué no va nadie a rescatarlos!? —lloraba Luca con la mirada fija en el naufragio—. ¡Enviad un bote!

Una piedra golpeó a Nela en un hombro, otra cayó muy cerca de donde estaba Set, quien no comprendía nada. Tan solo un momento antes aplaudían a su padre. ¿Por qué ahora les tiraban piedras?

Se oyó un grito cercano. Una de las piedras había golpeado a Ronna en la cabeza. Se echó la mano al pelo. Sangraba. Twila la cogió en brazos para protegerla; de sus ojos brotaban llamas. Olenna había sacado un puñal de no se sabía muy bien donde y miraba alrededor, desafiante, dispuesta a cortar los cuellos que hicieran falta.

Izkail, que lo había visto todo, se plantó delante de la multitud y desenfundó rabioso la espada.

—¿Sois idiotas? —gritaba fuera de sí—. ¿No veis que hay niños? ¡Al próximo que lo vea tirando una piedra lo mato! ¿Me oís? ¡Lo mato!

—¡Greg! —gritó el grandullón de Cliff—. ¡Por aquí!

Señalaba un pequeño bote de estilo *Kartü* amarrado al muelle, junto a otros tres de similar porte.

Uno de ellos acababa de partir, tripulado por dos robustos remeros Salvajes y los otros dos no tardarían en seguirlos.

Protegidos por la línea de Lobos, comandada por un iracundo Izkail, embarcaron los cinco niños y los cuatro adultos. Cliff se arrancó una insignia que llevaba al cuello y se la dio a Nela, la última en embarcar.

—Remontad el río hasta donde podáis. Desembarcad en la otra orilla y luego id al refugio del roble de los cuervos. Si algún kartü os pone alguna pega mostradle esto. En cuanto pueda me reuniré con vosotros allí. Vamos a intentar rescatar a los náufragos.

Nela y Greg tomaron un remo cada uno. Olenna y Dan hicieron lo mismo. Twila sujetaba a Ronna, a la que vendaba la cabeza con un jirón de su capa. Muy serios y preocupados Bogaron contra la corriente del río, alejándose de la multitud hostil.